

Introducción

Aplausos desde los balcones, calles desiertas, teletrabajo, distancia social... Cerramos los ojos y los recuerdos del confinamiento nos traen imágenes de ciudades silenciosas, sin coches, sin desplazamientos, sin apenas ajetreo. Ciudades dormidas cuyo bullicio se ha trasladado a las pantallas y las plataformas digitales, a los grupos de WhatsApp y las videoconferencias.

¿Son ciertas esas imágenes del confinamiento? ¿Se apagaron las ciudades al tiempo que nos recogíamos en nuestras casas?

Han pasado cinco años desde que la COVID-19 cambió nuestras vidas, pero pareciera que ha transcurrido una eternidad. El 11 de marzo de 2020, la Organización Mundial de la Salud elevó la crisis de salud pública provocada por la COVID-19 a pandemia global. Tres días después, el 14 de marzo, el Gobierno de España decretó el estado de alarma en todo el territorio nacional, en un principio durante quince días, aunque finalmente se prorrogó sucesivamente hasta el 21 de junio de 2020. Cerraron comercios, bares y restaurantes, y se vetó la circulación de personas en el espacio público, salvo de forma individual y por causas justificadas, como ir a la compra o al trabajo o el cuidado de personas vulnerables. Las ciudades parecieron encogerse al espacio reducido de nuestros domicilios.

Todo aquello queda muy lejos, las ciudades bullen de nuevo con el trasiego de coches, turistas y noches de vértigo, con el griterío feliz de niños y niñas jugando en parques infantiles, y los amaneceres sonámbulos de miles de funcionarios, estudiantes o empleadas domésticas atravesando la ciudad en vagones de metro y autobuses. Nuestras ciudades vuelven a ser frenéticas, agotadoras, exultantes.

Hemos dejado atrás el confinamiento, hemos pasado página. Pero aquel paréntesis de angustia, desconcierto y desolación también decantó hallazgos y aprendizajes, por mucho que hubiera quien se apresurase a ocultarlos o prefiera olvidarlos.

Pues lo cierto es que las ciudades no se escondieron durante el confinamiento. No enterraron sus cabezas como los avestruces ni se escabulleron como furtivas. Aunque se piensa que el confinamiento menguó la vida urbana, que nos aisló a unos de otros, hoy sabemos que el estado de alarma hizo aflorar potencias urbanas insospechadas, que la vida en las ciudades se hizo más urbana si cabe.

Exenta de fanfarrias y decorados, de luces y espectáculos, de movimientos exagerados y promesas grandilocuentes, la ciudad nos mostró durante el confinamiento su vocación basal: corrientes subterráneas de complicidades, responsabilidades y afectos que nos mantuvieron a flote.

Sin duda, hubo comercios que cerraron, servicios de transportes que se interrumpieron y personas sin escrúpulos del mundo de la empresa y de la gestión política que hicieron su agosto en primavera y mutis por el foro, respectivamente. Pero asomaron también modos de habitar infatigables y visionarios: bancos de alimentos, mesas comunitarias, redes de ayuda mutua, grupos de cuidados, fabricantes artesanales de mascarillas o inventores de equipos de protección personal que trenzaron y recubrieron las ciudades con geografías y logísticas insospechadas y salvadoras.

No faltan desde luego historias sobre la pandemia. El mismo año 2020, cuando apenas teníamos datos o investigaciones fiables sobre lo que estaba ocurriendo, se publicaron no pocos libros que, apocalípticos los unos, esperanzados los otros, tiraban de manidas teorías filosóficas, sociológicas o conspiranoicas para criticar o apuntalar las modulaciones entre poder, ciencia y ciudadanía que, decían, ponían a prueba los cimientos democráticos de nuestras instituciones, medios de comunicación o valores cívicos.

A grandes rasgos, los libros que se han publicado desde entonces sobre la pandemia son de dos tipos, que ponen en juego distintas escalas para pensar su contexto y repercusiones. Hay un conjunto de publicaciones centradas en los modelos de gobernanza de la emergencia sanitaria, que examinan y valoran el papel de los expertos, el diseño de protocolos de gestión o las capacidades de respuesta de la Administración durante la crisis. Son éstos libros que trabajan la escala *política* de la pandemia. Y hay otro conjunto que ensaya una escala centrada en las personas y sus modos de vida: la transformación de nuestros hogares, el teletrabajo, la distancia social, la salud mental. Son éstos libros cuyo análisis obra sobre una escala más íntima y cercana, de índole que diríamos *familiar*.¹

Ambas escalas de análisis, la política y la familiar, dan cuenta de lo que se pudo y no se pudo investigar durante el confinamiento. Por un lado, fue posible hacer encuestas y entrevistas telefónicas, que recogían datos sobre, por ejemplo, los problemas, angustias o necesidades de familias monoparentales, personas que habían perdido su empleo o mayores en situación de soledad no deseada; o que evaluaban el éxito o fracaso de ciertas políticas sociales o económicas. Por otro lado, fueron comunes, también, los relatos que narraban experiencias cotidianas y reflexiones personales, que nos han permitido un reconocimiento coral de intimidades y familiaridades. No se pudo, sin embargo, salir a la calle a documentar en directo lo que ocurría en hospitales, despensas solidarias o comercios. No fue posible, en definitiva, dejar testimonio sobre las formas de vivir la pandemia en *comunidad*.

Este libro busca hacerse un hueco entre la escalas política y familiar de la pandemia para traer al frente justamente esos relatos comunitarios. En sus páginas encontraremos historias de solidaridad barrial, pero también de cooperativismo tecnológico o de sofisticados entramados de experimentación vecinal. Historias, unas y otras, que nos hablan de un urbanismo desbordante e impredecible, una forma de *ser ciudad más allá de la ciudad*.

Frente a las imágenes de la ciudad agazapada y escondida del confinamiento descubriremos una ciudad burbujeante que, lejos de refugiarse en la intimidad de los hogares, se lanzó a la calle para apoyar a los más vulnerables. Ciudades-araña que tejieron redes de solidaridad en todas direcciones y hasta los rincones más insospechados. Ciudades-pulpo que desplegaron sus tentáculos auxiliares para emerger de profundidades abisales. Ciudades-gigante que se irguieron majestuosas, contemplando con decepción la desidia de sus gobernantes.

Las historias comunitarias que nos vamos a encontrar tienen, sin duda, un punto de romanticismo, incluso de heroísmo. Pero nada más lejos de nuestra intención que reivindicar con ellas una noción sentimentalista de «comunidad», que funciona como ancla y sostén de la vida social. Las iniciativas que tomaron las calles durante el confinamiento tuvieron casi siempre que improvisar sus propias formas de encuentro, inteligibilidad y supervivencia. Fueron capaces de sostenerse no solo, o no tanto, por su militancia y compromiso ético para con un ideal de solidaridad universal, sino por su capacidad para enhebrar y desplegar sorprendentes inteligencias y logísticas geográficas sobre una ciudad traumatizada. Volveremos sobre este punto en el capítulo de conclusiones.

En todo el mundo expertos en epidemiología y salud pública preveían con razón que los barrios más vulnerables de las ciudades iban a ser los más afectados. Las razones no son difíciles de entender. Estos barrios suelen tener mayores índices de densidad habitacional y poblacional: a mayor número de personas por metro cuadrado, mayor el riesgo de contagio. Por otro lado, los barrios vulnerables suelen ser el hogar de trabajadores y trabajadoras empleadas en sectores informales, precarios y esenciales, donde las posibilidades de teletrabajo escasean. Pero hay más: la epidemiología social nos ha enseñado que es más fácil acceder a una alimentación sana, hacer deporte o disfrutar de un paseo al aire libre en barrios ricos que en barrios pobres. Dicho con otras palabras, los barrios ricos producen cuerpos más

sanos que los barrios vulnerables, cuerpos a los que les resulta más fácil protegerse y recuperarse de los efectos de una enfermedad sobrevenida como la COVID-19.

En Madrid, sin embargo, durante el confinamiento, no se cumplieron las predicciones. En algunos distritos la incidencia y la vulnerabilidad fueron efectivamente de la mano, pero también hubo excepciones inesperadas (véanse anexos I y II).² Contra todo pronóstico, las respuestas comunitarias transformaron temporalmente los espacios, los tiempos y las infraestructuras del habitar. Las ciudades mudaron de piel.

Las historias que contamos aquí provienen de una investigación en antropología y epidemiología social sobre el impacto de la pandemia en seis barrios de Madrid, cuyos pormenores relatamos al final del libro. No obstante, para lectores no familiarizados con la geografía de la ciudad, conviene decir que Madrid es, de todas las capitales europeas, la que acusa mayor segregación espacial.³ Los desplazamientos espaciales y patrones residenciales de los madrileños registran, más que en cualquier otra gran ciudad de Europa, las diferencias socioeconómicas de sus habitantes.⁴ Aquella famosa serie de televisión inglesa, *Arriba y abajo*, tiene en Madrid una de sus traducciones urbanas más nítidas.

Para dar cuenta de esta desigualdad territorial decidimos centrar el estudio en dos barrios de renta alta (Guindalera y Prosperidad), dos de renta media (Pavones y El Pilar) y dos de renta baja (San Cristóbal y Bellas Vistas), repartidos tanto por el norte como por el sur de la ciudad. Si bien las historias que contamos son relatos locales, nos gustaría creer que su mensaje es universal. Son historias de Madrid, pero sabemos que lo son, también, de una ciudad cualquiera y, sobre todo, de otra ciudad posible.

Historia ilustrada del confinamiento ensaya un relato visual sobre las geografías y logísticas comunitarias que de manera imprevisible transformaron nuestras ciudades. Descubriremos cómo los mapas de contagios y los mapas de vulnerabilidad, lejos de superponerse y correlacionarse, se dislo-

caron, pues, en el caso de Madrid, la ciudad improvisó otros mapas. Esa es la primera y más importante lección que nos deja el libro: las ciudades inventaron geografías nuevas durante el confinamiento (véase anexo III).

Pero hay más. Esas ciudades mutantes no brotaron de la nada. Veremos una y otra vez que los barrios que mejor capearon el temporal lo hicieron sobre hombros de gigante, sobre ensamblajes históricos de activismo y trabajo comunitario, cuyos vínculos asociativos ensamblaron prodigiosamente nuevas capas geográficas y nuevas relaciones territoriales sobre una ciudad paralizada, temerosa y herida. He ahí la segunda lección: las geografías imprevistas solo crecen allí donde hay suelos ricos en raíces y tejidos comunitarios.⁵

El libro tiene siete capítulos y siete interludios. Los primeros seis capítulos abordan los temas más importantes que surgieron durante nuestra investigación. Hemos cedido el protagonismo de cada tema a un barrio, aunque muchas de las cuestiones que tratamos se dieron en todos los barrios. Uno de esos hilos conductores es la historia de las relaciones entre las Administraciones municipales y los movimientos vecinales, cuyas complicidades o enfrentamientos, como veremos, fueron determinantes a la hora de organizar las inteligencias urbanas que permitieron dar respuesta a la emergencia en cada barrio. Entre capítulo y capítulo encontraremos un interludio donde recogemos testimonios, observaciones y análisis en las voces de nuestras protagonistas. El libro cierra con un capítulo de conclusiones y una breve explicación metodológica de nuestra investigación.

Las últimas palabras de ese libro luminoso, evocador y extraño que es *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino, dicen así: «[...] buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.»⁶ Durante el infierno de la primera ola de la COVID-19, los meses del estado de alarma y el confinamiento despertaron no pocas ciudades invisibles. Este librito es nuestra manera de hacer que duren y darles espacio.

